

# Notas

## PROGRAMAS PARA UNA INTEGRACION ENTRE LA INDUSTRIA Y LA UNIVERSIDAD

Por Eduardo Padilla Navas

*Sumario.* — Generalmente no hay mucha dificultad cuando se trata de obtener colaboración y ayuda entre la Universidad y la Industria, pero esta colaboración es desafortunadamente muy escasa, no por falta de interés de las partes, sino por falta de comunicación Universidad-Industria y de programas definidos de colaboración y ayuda dentro de las mismas.

Se discuten acá tres tipos de programas: Para los profesores, para los estudiantes y para la industria. El Centro de Investigaciones para el Desarrollo Integral, de la Universidad Pontificia Bolivariana, está utilizando estos programas de colaboración para mejorar la calidad de los cursos de Diseño en Ingeniería Mecánica y desarrollar mayores capacidades técnicas para la Industria en general.

*Introducción.* — La Ingeniería ha sido definida de muchas maneras, pero en esencia todas las definiciones tienen un punto común: que Ingeniería es la aplicación del conocimiento tecnológico y científico para el diseño, desarrollo y fabricación de un artículo, sistema o proceso, de una manera responsable, para satisfacer las necesidades físicas de la sociedad. La industria y el ingeniero son por lo tanto indispensables el uno para el otro y de una manera directa esta dependencia y necesidad trascienden al conjunto Universidad-Industria.

La calidad del joven Ingeniero y su preparación académica son continuamente tema de discusión por parte de los educadores, profesionales, industriales y últimamente por parte de los mismos estudiantes. La colaboración entre la Industria y las Facultades de Ingeniería es de una gran importancia, pero esto es sólo posible por medio de programas organizados bien sea por parte de la Universidad o de la Industria. Tales programas deben ser planeados a largo plazo y no deben ser el resultado de intereses momentáneos por parte de individuos aislados. Las preguntas que este trabajo pretende contestar son: 1º Quién inicia un programa de colaboración Universidad-Industria? 2º Qué forma debe tener tal programa?

Por otra parte existen otros problemas que aquejan la enseñanza y la práctica de la ingeniería en nuestro medio y que este trabajo pretende explorar. Son ellos:

1º - Una tendencia a contratar profesores recién egresados, sin haber tenido éstos la oportunidad de ganar experiencia en la práctica de la Ingeniería.

## Notas

2º - Falta de preocupación de algunos profesores (y por lo tanto de los estudiantes) por mantenerse al día en los avances de la ciencia y la tecnología.

3º - Poca participación de los profesores e ingenieros en las sociedades técnicas y profesionales.

4º - Falta de conocimiento por parte de los ingenieros que trabajan en la industria, del talento y facilidades existentes en las universidades.

5º - Resentimiento por parte de los ingenieros de la industria en la aplicación de nuevos avances tecnológicos.

6º - Tendencia de los ingenieros hacia una alta especialización técnica y por lo tanto descuido en su responsabilidad hacia el público, es decir su profesionalismo.

7º - Tendencia de los estudiantes a trabajar en la industria sin haber terminado sus estudios perjudicando grandemente su preparación académica.

Las diferentes áreas del problema enumeradas aquí son reconocidas como las de mayor importancia en todas partes. En nuestra Universidad, el CIDI es un organismo que aparte de sus muchas actividades tiene por objeto el ser una solución práctica de algunas de las áreas de problema antes mencionadas.

A la primera pregunta: Quién inicia un programa de colaboración, se responde que debe ser un Ingeniero en la Industria, en la Universidad y en la Sociedad Profesional quien debe estar encargado y tenga la responsabilidad de iniciar y continuar tales programas de colaboración. Por otra parte debe poseer la categoría y el tiempo necesarios para asegurar su efectividad.

En cuanto a la pregunta: Qué forma debe tomar tal programa, hay que tener en cuenta el objetivo que se persigue. De acuerdo al objetivo, solo tres tipos de programas se discutirán e ilustrarán aquí: aquéllos que beneficien a los profesores, a los estudiantes, y finalmente a la industria.

*Programas de colaboración para el profesor.* — El contratar profesores recién egresados es una de las áreas de problema antes mencionadas. Estos profesores tienen buenos conocimientos teóricos en ciencia y matemáticas y dictarán cursos en los cuales el énfasis se hará en la teoría y no en la práctica. Además creen que su seguridad futura está en un nombramiento, por razón de antigüedad, para un cargo administrativo dentro de la Universidad. Aunque hayan tenido algún contacto con la industria durante sus días de estudiante, nunca han estado envueltos en una actividad responsable de diseño bajo condiciones industriales. Qué pueden hacer para "encontrar una manera mejor de explicar al estudiante la creatividad de la Ingeniería, la excitación durante la solución de un problema, el sentimiento de satisfacción en la solución?".

El Servicio de Asesoría Técnica o de consulta es uno de los métodos recomendados para la solución de este problema.

Todo el mundo está de acuerdo en que el educador de Ingeniería debe tener experiencia como Ingeniero, pero son muy pocos los que dan la oportunidad al joven profesor de adquirir esta experiencia. Si bien es cierto que la experiencia no se obtiene en un día o dos, se necesita un tiempo considerable para probar teorías y aprender acerca de la efectividad de una decisión. El joven profesor puede ser un compañero muy útil para un Ingeniero experimentado en la industria,

## **Notas**

con sus conocimientos en los últimos métodos de computadores, de matemáticas y de ciencias aplicadas, y de esta manera obtener experiencia como asistente. Lo que aquí se propone es por una parte, un deseo de compartir los nuevos diseños o investigaciones que se llevan a cabo en la Industria, y por otra, un clima de aceptación por parte de ésta, para el profesor como Ingeniero consultor.

Son incalculables los beneficios que de este tipo de programas se derivan: el profesor adquiere la experiencia exigida por todos y la industria obtiene los beneficios de los últimos adelantos de la ciencia y la tecnología.

Otro programa de colaboración para el profesor es un período de experiencia real de trabajo en la planta, ya sea durante el tiempo de vacaciones o en base a una licencia de trabajo.

Una de las ventajas que se derivan de una experiencia de trabajo para el profesor en la industria es el permitir a las directivas de la Universidad el observar a los estudiantes o recién egresados trabajando en problemas industriales y poder evaluar así su preparación académica en relación a las necesidades de una esfera industrial.

Es de aceptación general que el conocimiento del proceso para la toma de decisiones necesarias en la solución de un problema real de Ingeniería, es de vital importancia para la futura efectividad del Ingeniero-Profesor. Hay un gran número de profesores de Ingeniería que entraron a enseñar directamente después de graduarse y sólo la implantación en la industria de programas de colaboración como los aquí mencionados proveerá a estos profesores de la experiencia por todos exigida.

El Centro de Investigaciones de esta Universidad, mediante sus programas de Asesoría y Consulta a la Industria, está llevando a la práctica estos programas.

*Programas de colaboración para el estudiante.* — Los métodos tradicionales para introducir al estudiante en una atmósfera industrial han incluido: visitas a las fábricas y el requisito de la práctica de vacaciones. El principal objetivo de éstos era dar al estudiante la oportunidad de conocer el ambiente en el cual va a trabajar al graduarse. Este concepto continúa aplicándose pero hay una nueva tendencia: colocar al estudiante en contacto directo con la profesión de Ingeniería, exponiéndolo a problemas que son similares a aquéllos encontrados en la práctica.

Hay dos tipos de programas de colaboración que satisfacen los objetivos expuestos y son: a) El desarrollo y distribución de casos de estudio. b) El empleo de un ingeniero visitador como consultor para la solución de un caso real en la industria.

El estudio de casos para los cursos de diseño es uno de los métodos más modernos para la educación en la Ingeniería. De hecho, este método ha sido utilizado con éxito en otras disciplinas como las leyes, la economía, etc.

El caso deberá representar el problema completo, la necesidad, las diferentes soluciones, las implicaciones económicas, incluyendo ganancias. Todo esto tomado del mundo real, y no utilizando los "datos dados", que reducen el problema a una especie de rompecabezas.

Escribir un caso de estudio puede requerir mucho trabajo. Afortunadamente hay casos de estudio de ingeniería ya escritos que pueden ser obtenidos por los profesores que no puedan o no deseen desarrollar su propio material.

Básicamente, la filosofía del método consiste en dejar que el estudiante luche con un problema vivo y luego dejarle comparar su solución con la solución industrial real.

El segundo método es el usar un problema de la Industria local con los servicios de un Ingeniero de la compañía durante las sesiones de diseño, visitando a la compañía antes y después de que la solución sea obtenida.

Para obtener esta colaboración, se propone que la industria suministre problemas de Ingeniería que tengan un presupuesto y estén en desarrollo, a cambio de lo cual los estudiantes producirían unas 250 horas de servicios de consulta durante el semestre. El Ingeniero de la compañía debe ser un guía para el grupo de estudiantes, y un evaluador de las ideas preliminares de éstos. El puede presentar áreas de interés que no han sido consideradas por el estudiante como soluciones. El Ingeniero debe referir su trabajo a la política de operación de la compañía e indicar los medios de producción de que ésta dispone.

*Programas de colaboración para la industria.* — La contribución que la Universidad presta a la industria se extiende mucho más allá de la producción de jóvenes ingenieros. Otras dos áreas notables son la continuación de la educación de los egresados por medio de cursos de post-gradó o de la especialización y los servicios de investigación.

El Consejo Directivo de la Universidad Pontificia Bolivariana, mediante el Acuerdo N<sup>o</sup> 6 de abril 30 de 1969, creó el "Centro de Investigaciones para el Desarrollo Integral" (CIDI), y uno de sus objetivos relacionados con el diseño de Ingeniería, es desarrollar y promover de todas las formas posibles mejores diseños. Este tiene una estructura interdisciplinaria que comprende profesores de Ingeniería Eléctrica, Química y Mecánica que pueden trabajar en conjunto o independientemente para la solución de un problema industrial. Este Centro tiene la oportunidad y responsabilidad de desarrollar el tipo de programas de colaboración Universidad-Industria descritos en este trabajo.

---

## ANTONIO NARIÑO Y EL CONGRESO DE CUCUTA

Por Horacio Londoño Pardo

Es el mes de abril de 1821. A lomo de un buey que difícilmente salva los escollos de la vía, remonta la cordillera de San Camilo, camino de Cúcuta, el más glorioso de los granadinos. El hombre de las más duras pruebas del destino, por su amor a la emancipación de la patria. Es Don Antonio Nariño, en sus cincuenta y seis años, indomable, resistente igual a las inclemencias de esas tierras que a las inclemencias de sus enemigos. Ha hecho dieciseis jornadas continuas, casi sin dormir, remontando el Orinoco, y lleva siete meses de viaje desde que salió de Europa, en regreso a la patria bienamada. Todo aquel viaje del río para encontrarse con Bolívar, el de la estrella fulgurante, el genio de la guerra y padre de la patria. Luego de cuatro días de conferencias, lo designa el Libertador como vicepresidente de la Gran Colombia, por ausencia de Don Francisco Antonio Zea, elegido para el cargo en el Congreso de Angostura, y quien permanece en Europa, en gestiones del empréstito y en misión diplomática.

Lleva el Precursor el encargo de instalar cuanto antes el Congreso de Cúcuta, previsto por la Ley Fundamental de Angostura para el 1<sup>o</sup> de enero de ese año, y postergado en cuatro meses por factores diversos. Así se lo ha encomendado el Libertador como misión primordial, ya que él ha de permanecer al frente de sus

tropas. Pero entiende y respeta el sentimiento republicano y democrático de los hombres civiles de la época, devotos de la libertad y alarmados del poder absoluto que han tenido que darle sus representantes al general Bolívar, presidente de la Gran Colombia. Por ello las instrucciones precisas a Nariño de reunir el Congreso sin dilación alguna, obviando todos los inconvenientes que pudieran existir o presentarse. Y así lo cumple el vicepresidente celosamente, que nunca fue inferior a los deberes y funciones en que su vida procelosa lo situó. Y bajo esta empresa llegó nuestro precursor a Cúcuta a finales de abril, como sede fijada al Congreso y a sus funciones frente a él.

No fue caprichosa la designación de la actual capital norsantandereana como lugar para reunir el Congreso de 1821, previsto en Angostura. Su situación de ciudad granadina en confluencia con la tierra venezolana la hacía bien adecuada para el caso. Se rotaba así la sede del cuerpo representativo de los dos pueblos ya liberados en buena parte, entre uno y otro. Era Cúcuta —y es— puente de unión y comunión entre Colombia y Venezuela. Estando ciertamente a duras jornadas del campamento de Bolívar, no era tampoco la ciudad mediterránea, de espaldas a la realidad guerrera que vivían los hombres que nos libertaron, y a distancia considerable del presidente, que dirigía las operaciones militares.

Llegado el vicepresidente el 29 de abril a Cúcuta, procedió de inmediato a instalar el despacho, y el 1º de mayo dictaba el primer decreto, en que fijaba para el 6 de ese mes la instalación del cuerpo soberano, como era de protocolo designarlo. Las diecinueve provincias de Nueva Granada y de Venezuela habían elegido democráticamente a sus representantes, 95 en total. Para el 1º de mayo sólo habían llegado a su sede 57 de ellos, más el propio Nariño, elegido por la provincia de Cartagena, escenario de su prisión y padecimientos por la patria. No podía el vicepresidente esperar a más, y no parecía que llegaran otros. Y estaban las instrucciones precisas del presidente, y la necesidad de darle forma legislativa a lo que la historia, el medio y las circunstancias y necesidades comunes habían unido.

Nariño enfrentaba ya una adversa situación de hecho frente a la regla de la ley fundamental de Angostura que exigía las dos terceras partes como mayoría para formar el quórum. Este problema constitucional fue resuelto por el vicepresidente en sus considerandos del decreto referido, al consignar allí que este número de 57 “se aproxima a las dos terceras partes requeridas por el reglamento de convocatoria”.

Esta situación de escasez para formar el quórum no tenía entonces la fácil explicación de ahora sobre el desgano parlamentario. Eran circunstancias bien distintas las determinantes de aquello. Jorge Ricardo Vejarano, el agudo biógrafo de Nariño, —y a quien mucho utilizamos en este derrotero— presenta como explicación la que enseguida transcribimos: “Tan sólo aquellos de los elegidos que tenían recursos propios o que se hallaban muy cerca pudieron concurrir a la cita. Ese remedo de gobierno civil que existía por entonces, tenía un buen acopio de leyes pero la bolsa en completa indigencia. A los representantes nunca se les pudieron girar los viáticos para su viaje, y los 57 entusiastas que habían llegado hasta la Villa, deambularon durante largos meses por sus calles viviendo de expedientes para su subsistencia material, mientras disfrutaban de toda la plenitud del tiempo para nutrir su espíritu de patriótico sentimiento y su inteligencia de sabios proyectos de ley”.

Digamos ante todo, que el Congreso estaba integrado por la más pura capa civil, y apenas dos o tres elementos militares formaban en su nómina. Entre

los más citados en las actas, y algunos por la historia, con mancha o con honores, figuran: Diego Fernando Gómez y Vicente Azuero, quienes “trabajaban en llave”, como hogañó se dice, y así penetraron en la historia, primero como adversarios taimados • destapados de Nariño, y después, del mismo Bolívar, sin esquivar el segundo la triste celebridad de septembrino. De esta vertiente, aunque en menor declive, estaban Don Francisco Soto, Don Fernando Peñalver... En la varie-

dad de la diputación figuran nombres ilustres antes y después del congreso, como Don José Félix de Restrepo, el magistrado por antonomasia, Don Pedro Gual, Don José María del Castillo y Rada. Además, Don Manuel J. Quijano, Don José Tadeo Lozano, Don Nicolás Ballén, los Borreros, el Señor Santamaría, el Señor Osorio, el Señor Tovar. Los apellidos nos indican su procedencia, y figuran aquí toda gama de amigos de Nariño y adversos a él.

Se preguntará el lector el por qué de centrar tanto esta crónica en la figura del Precursor, cuando se trata del Congreso de Cúcuta como tema fijado. Digamos a esto que, sin perjuicio de la importante labor por él mismo cumplida, y de la cual se trata un poco adelante, se hace necesario, para darle sentido y calor humano a la historia —en este caso a nuestra historia—, referirla a los hombres que la hicieron y la vivieron. Por ello consideramos que los textos escolares que tratan este capítulo de nuestra vida republicana eluden o soslayan lo que significó Nariño en tal Congreso, cuando él tanto representó frente al mismo. “Frente a él”, decimos, porque no fue precisamente “en él”. Las actas de sesiones ocupan el mayor volumen en las relaciones del Congreso con el vicepresidente, y en el desarrollo de las mismas se vive uno de los mayores dramas del Precursor, que importa dejar enunciado como otro derrotero en el estudio de esta etapa republicana. Remitimos al lector que en ello se interese, al libro de Vejarano, ya citado, sobre el egregio granadino.

Como la obertura del maestro inglés “Pompa y Circunstancia”, puede calificarse el sabor y el estilo que el vicepresidente de la Gran Colombia, el mayor después del Libertador, da a la instalación del “Cuerpo Soberano” como sus integrantes gustaban llamarlo. Ahora se han limitado en el título. Y el caballero santafereño que siempre fue Nariño no iba a esquivar tan solemne ocasión para realizar y presidir otra “pompa cívico-religiosa de que tanto gustara nuestro Precursor” como lo anota Vejarano.

Aquel día, 6 de mayo, y antes del mediodía, se dirige en pleno el Congreso a la casa en donde provisionalmente se había alojado Nariño. El solemne desfile parte de allí y se dirige a la iglesia parroquial, en donde se oficia y canta una misa al Espíritu Santo, para que ilumine las mentes de los legisladores, que tan graves encargos tienen para desempeñar en favor de la patria. Toma puesto en el templo el vicepresidente, entre sus ministros del interior y de relaciones exteriores, bajo un solio de seda que ostenta los colores de nuestra bandera. Terminado el oficio religioso se pasa a la sala de sesiones, que forma un solo cuerpo con la iglesia. Y desde otro solio allí preparado, da lectura el Precursor a su discurso de instalación solemne del Congreso, puesto en pie, la actitud arrogante y con voz firme, como correspondía a tan especial ocasión, quizás la última brillante que conoció el infortunado y noble granadino. El discurso no fue tan del agrado de los legisladores, pues declaraba en él que “el congreso ejerce la soberanía representativa, pero sus facultades no son ilimitadas: tienen un término que no pueden traspasar”. De esta reacción adversa es reflejo el laconismo del acta de aquella sesión, cuando en este punto sólo dice que “su excelencia el vicepresidente leyó un discurso propio del acto”. En cambio, sí fue muy del agrado la pre-

## Notas

gunta dirigida por él mismo a los legisladores al término de su discurso: "Son de opinión los señores diputados de que puede procederse a la instalación del Congreso?". Hubo unanimidad en la respuesta afirmativa. Y Nariño declara: "El Congreso General de Colombia queda legalmente instalado. En él reside la soberanía nacional". En seguida se procedió a recibirse el juramento de rigor, y a efectuar la elección de dignatarios, y el vicepresidente abandonó el recinto, acompañado de sus ministros y de cuatro representantes, comisionados al efecto.

Pero aquí viene otro golpe de escena de Nariño, de esos que sorprenden a amigos y enemigos suyos, y a quienes con imaginación siguen la vida del gran santafereño. No habíanse acomodado en sus asientos los representantes ni iniciado el trabajo, cuando aparece en el salón el ministro de relaciones exteriores para anunciar que el vicepresidente va a regresar en seguida al recinto, con el fin de entregar al Congreso un pliego que acaba de recibir del Libertador. Este anuncio no más plantea agitada discusión, acerca del carácter con que Nariño iba a regresar al Congreso, y si debía recibírsele o no, planteada por Peñalver, a quien tanto inquietaban los méritos y la actividad del prócer. Pero no había tiempo qué perder, y apenas se alcanzó a designar la comisión de los representantes que recibiera al mandatario a la entrada del recinto. Y así se cumplió, y el vicepresidente entregó el pliego remitido por el Libertador, que bastantes motivos de inquietud crearon en nuestros protolegisladores, temerosos del desgano de Bolívar por el ejercicio del mando. Pues no eran aquellos letrados los hombres para asumir los problemas que aquello crearía a la patria apenas emancipada, y no aún consolidada.

El hombre de vuelo y gran conocedor de los temas del derecho público que fue nuestro Precursor, había elaborado lentamente un proyecto de constitución para la patria amada y lejana, cuando en Cádiz padecía prisión. Pensaba que así le sería también útil, el día vislumbrado de la independencia. Y ahora estaba ante esa circunstancia. Así la envía al congreso con un mensaje sencillo y casi humilde, cosa extraña en él. Pero su proyecto, que declara el autor ser obra de 27 años de meditaciones, recibe "entierro de pobre", como ahora se dice de las iniciativas sin fortuna. Dice el acta del 30 de mayo que se leyó el proyecto de constitución, "y después de una total y reflexiva lectura de éste, se observó por su presidente, que sólo debe tomarse en consideración por la parte o partes que contenga, aplicables al caso". Y pasó a la comisión de constitución y leyes. Nada más. Ahí terminó el sueño del Precursor de servir también a su patria como inspirador de su ley fundamental. También aquí fue Nariño el hombre del infortunio.

Vendrá después el que ahora llamaríamos "affaire D'Everoux", en que el Precursor se jugó todo entero, como sabía hacerlo cuando las circunstancias a ello lo llevaban. Y el proceso seguido contra el oficial irlandés y su prisión por orden del vicepresidente fue enviado por "éste al Congreso, para que allí se debatiera, junto con la queja presentada por el coronel Low ante el cuerpo legislativo. Desde el 9 de junio y hasta el 10 de julio se discute acaloradamente este asunto de juzgado. Solo la decisión del presidente, el íntegro José Félix de Restrepo, logró superar tal situación, al determinar que puesto que había negocios de grande trascendencia que solicitaban su atención el debate no debía llevarse adelante, aunque el ejecutivo había insultado atrocemente al Congreso. Y, de su parte, el Precursor supo también corresponder como buen caballero al digno legislador. El 2 de julio enviaba a D'Everoux con escolta ante el Libertador, para que él decidiera el problema enojoso, y el 5 le comunicaba al Congreso, en nota seca y comedita, que debido a su mal estado de salud, había decidido separarse de la vice-

presidencia de Colombia. El legislativo se apresuró a aceptar la renuncia, y el mismo día designaba en su reemplazo, también como interino a Don José María del Castillo y Rada, a quien se tomó el juramento de rigor, sin dejarlo siquiera levantarse de su curul para agradecer el honor conferido. Y así se le comunicaba, sin dilación, al dimitente. Quedaba así la escena despejada, y el protagonista separado de ella. El Congreso vendría a trabajar, y ciertamente en labor eficaz para **su época y para sus medios**. Nariño, **sin embargo**, habría de reaparecer, terrible y magnífico cual una tempestad, en el Senado de 1823, cuando se quiso desconocer su calidad de diputado, por sus insidiosos y pequeños enemigos, a quienes señaló en su tamaño moral ante sus contemporáneos y ante la historia.

Desde el fin del drama, al iniciarse julio, hasta la clausura del Congreso, el 13 de octubre, se cumplieron labores importantes en este campo, que miraban a diversos asuntos de la incumbencia legislativa. Esa obra se relaciona con la extensión requerida en los textos escolares, y así bastará un somero enunciado sobre ella. Como primordial está la constitución expedida, que ratificó la ley fundamental de Angostura y trazó lineamientos que aún perduran en nuestra carta actual. Confirmó al Libertador y a Santander como presidente y vicepresidente, en su orden, de la Gran Colombia, y otorgó al primero facultades dictatoriales para continuar la campaña de emancipación y consolidación, y para **“obrar discrecionalmente en lo demás de su resorte”**. Se proveyó también sobre la hacienda pública, en su organización, recursos y obligaciones; sobre la educación y su fomento; sobre división judicial de la república y la territorial, en 7 departamentos: Venezuela, Orinoco y Zulia, de un lado, y Boyacá, Cundinamarca, Cauca y Magdalena, del otro. Bogotá se erigió como capital provisional de la república. Y, en fin, como fruto cultivado en Antioquia, y llevado a la sede legislativa de la Villa del Rosario, presentó José Félix de Restrepo su proyecto de ley sobre abolición de la esclavitud en toda la república, sobre el cual el Libertador ya había regado su alabanza y ejemplo desde sus años mozos. Allí fue aprobado y afianzado este reto generoso de la patria, cuando los vecinos del Norte hacían de tal empeño un hogar de conflicto, que cosechó guerra y cobró su más puro mártir en Abraham Lincoln.

El 3 de octubre, se presentaba el Libertador en la sede del Congreso, frescos aún los laureles de su triunfal batalla en Carabobo, y con Santander prestaba cada uno el juramento de ley, ante el presidente del Congreso, entonces José Ignacio de Márquez. Fue en su discurso de posesión donde Bolívar dijo: “Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean. Cambiadme, señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano”.

Cumplida esta función constitucional, el Congreso había desempeñado sus encargos primordiales, y 10 días después clausuraba sus labores. Dos años más tarde vendría en el Senado el último drama de Nariño, que ya atrás mencioná-  
bamos.

---

## VIGENCIA DE FRANCISCO SUAREZ

por Carlos E. Mesa, C.M.F.

Sucede en Alcalá de Henares, a la media tarde esplendorosa de un día de junio. Un chorro de luz entra por la abierta ventana de una desnuda celda y cae sobre un escritorio alborotado de papeles. Sentado en sillón frailer, ante el es-

critorio, un sacerdote de cuarenta y cinco años, piensa un momento, adereza un folio, menea la pluma de ganso con inaudita presteza. Da la sensación de que su pensar es más rápido que su escribir. El rostro es de cierta palidez terrosa, los ojos rasgados, de un brillo intenso, la barbita recortada. Este hombre es sosiego, mesura, ponderación. A medida que llena páginas un pliego se va amontonando sobre otro pliego. A su mano derecha, sobre pequeño atril, descansa un incunable de Aristóteles, erizado de llamadas, salpicado de notas marginales. Sobre la densa mole del Estagirita genial, este español del siglo XVI va pergeñando, ordenando, vertebrando el Escorial científico de sus "Disputaciones metafísicas", publicadas poco después, en 1597, en Salamanca.

Ha sido catedrático en Segovia, en Roma, en Alcalá de Henares donde ahora los sorprendemos en la tarde luminosa de junio. Pero acontece que este hombre, de rígida ascética, de limpias intenciones, de jornadas enteras para el más sutil pensamiento, siente en los hondones de su alma una secreta ilusión: estudiar, enseñar, escribir y publicar en Salamanca, la ciudad que al decir de Cervantes, enhechiza los ánimos; la que, según Luis de León, es luz de España y de la cristiandad. Para estos días lleva adelantada su obra de publicista: ha discurrido en volúmenes poderosos sobre la Encarnación del Verbo, sobre los misterios de la vida de Cristo, sobre los sacramentos. Porque Francisco Suárez es por parejo teólogo, filósofo y jurista, todo ello con honduras de sabio y con aplomo de indiscutible maestro. En esta ciudad pequeña, pero hervosa de estudiantes, que es Alcalá de Henares, ha escrito sobre un argumento que se le torna dulce y meliflúo: los misterios de la vida de Cristo. Suárez, apacentado en la ascética del maestro Ignacio, es un cristológico integral y ha meditado largamente, días y noches, en los pasos de la vida de Jesús propuestos en el libro chico e inmenso de los ejercicios ignacianos. Durante sus años de magisterio complutense, Suárez ha iluminado, con arrosos de escriturista, con discursos de teólogo, con íntimos paladeos de sacerdote, el hacer, el sentir, el hablar del Divino Maestro, y todo con una anchura y una consistencia hasta entonces desconocidas. No sabe uno si es el corazón el que le guía y le mueve la péñola de clásicos latines. Algo más: como sucede en los designios del Altísimo, también en la mente de Suárez la Virgen María no camina separada de su Hijo. Y en esta obra, una tercera parte resulta el más poderoso tratado de Mariología. Comprende el autor que ha sido anchuroso, ya que no excesivo, y por ello estampa unos párrafos de justificación: "Muchas veces me ha parecido que en este punto era nuestra teología extremadamente breve y concisa, siendo tan noble y tan ancha la materia. Por eso hemos tratado de la bendita Virgen tan dilatadamente..."

Qué decir ahora del filósofo? Nada más lejos de la nebulosidad de conceptos, hoy tan usada, que un buen escolástico, y Suárez figura entre los mayores. En sus tratados se encuentra el divino equilibrio de que hoy andan tan necesitadas las inteligencias, sacudidas por ese patetismo irracional que desde la época del positivismo sopla entre las edificaciones de la metafísica. Media un abismo entre la serena y no turbada lucidez de Suárez y la exacerbada, gesticulante gritería de los existencialistas. Suárez es un espíritu serenador; un maestro de pensar sesudo, de palabras intencionadas y densas. Menudearon en sus días los filósofos de gran tonelaje, según es dado comprobar en los anaqueles de las viejas bibliotecas universitarias; pero a todos los vence Suárez por la plenitud con que, a manera de velámenes bien henchidos, cobran los argumentos su necesaria curva; por el sosiego lúcido con que va desenredando las cuestiones; por su minucioso cuidado para no dejar cabos sueltos. Y esta es una de las diferencias abismales que

median entre él y el pensador de nuestros días que algunos colocan a su lado. Me refiero a Ortega y Gasset.

El escolástico redondea y consume sus empresas intelectuales. El ensayista suscita inquietudes, levanta liebres, plantea interrogantes. No habían faltado hasta sus tiempos los más agudos y profusos comentadores de Aristóteles, demasiado adheridos a su sistema. Suárez acometió la ardua empresa de organizar en un cuerpo coherente y de lógica concatenación el acervo de problemas que constituyen la filosofía; en ella alcanza la Escolástica su más alta expresión, su más armoniosa estructura. Con razón logra rápido prestigio en la Europa culta y más que en ninguna parte en Alemania, donde en los siglos XVII y XVIII, se convierte en texto obligado de casi todas las universidades católicas y protestantes, hasta el punto de barrer de las aulas los textos de Melanchton. Por eso un luterano tan notorio como Heebord, muerto en 1659, denomina a Suárez "el pontífice y el príncipe de todos los metafísicos".

Lebnitz profesaba veneración a dos españoles geniales: Raimundo Lulio y Francisco Suárez. Su método histórico positivo fue en su tiempo una novedad radical. Y se ha dicho que en el campo filosófico representa lo que Vásquez, su contrincante, en la esfera de la teología, Vitoria en el terreno jurídico y Salmerón en los predios de la escritura. El —anota Klimke— es el primero que presenta la metafísica, no según los libros de Aristóteles, sino como un todo orgánico según la conexión misma de las cosas. También como jurista mantiene hoy su vigencia. El recogió la doctrina sobre el derecho de gentes, la completó en no pocos puntos y le añadió personales investigaciones y enfoques. En Suárez, varón integral, no es posible separar el sabio del religioso y del sacerdote. Maravillan su adhesión a la Iglesia, su lealtad a los superiores de la Compañía y a la verdad, sus ternuras de filial devoto de Nuestra Señora, su laboriosidad incomprensible. Las ediciones de sus libros, en folio mayor, dan un total de unas veintiséis mil páginas impresas. Cuándo tuvo tiempo para pensar tanto? Cuándo para escribir tanto? Y de tal calidad? La muerte de Suárez acaecida en Lisboa, el 25 de septiembre de 1617, es la de un santo. Hay, a ruegos suyos, canto de salmos en sus oídos; la candela del moribundo en sus manos; la suprema tranquilidad en su alma. Y su última lección: nunca hubiera creído que fuera tan dulce el morir!

---

## INVERTIR EN LA UNIVERSIDAD

Por Mario Beut M.

La industria moderna necesita innovarse cada día, ponerse a tono e investigar continuamente en todos los aspectos y factores que la mantengan dinámica y actual. En sus productos. En sus métodos de producción. En sus sistemas financieros y estadísticos, de promoción y mercadeo. Vale decir, en toda su estructura.

Cualquier descuido en la actualización de tales factores, hoy día, puede hacer correr el riesgo a empresas o industrias de quedar relegadas en el medio, obsoletas y fuera de mercado, a veces muy rápidamente.

Una solución, o por lo menos una gran contribución, ideal, práctica y económica para que las empresas colombianas se sostengan actualizadas y en avance en todos sus aspectos, se nos ocurre que es precisamente la de que éstas, llámense

empresas, industrias, organismos o entidades privadas u oficiales, inviertan en las Universidades.

Entiéndase bien, se trata de inversión, no de ayuda! Inversión para que las universidades capaciten mejor sus estudiantes en todo campo. Inversión en una forma muy práctica.

La industria entre nosotros tiene ya demasiadas cargas y obligaciones de toda índole. Pues bien, esta de invertir en la universidad debe ser, por convencimiento propio y propia conveniencia, una de aquellas obligaciones y no la menos importante; por el contrario, primordial, ya que además le puede resultar la más retributiva y, como vamos a exponerlo, práctica y fácilmente realizable.

La inversión más simple, económica y efectiva, puede llevarse a cabo a nuestro modo de ver, extendiendo a todas las profesiones tanto a nivel universitario como politécnico, la modificación que ya se ha hecho y experimentado con todo éxito en algunas especialidades, consistente en tener intercalados en los estudios académicos algunos semestres de prácticas y trabajo en empresas e industrias (caso de la Escuela de Administración y Finanzas de Medellín).

Cuál es la inversión que hace en este caso la industria? Simplemente, auspicar aquellos semestres dando oportunidad de práctica remunerada a los estudiantes, pero a su vez, capitalizando sus capacidades en investigaciones, estudios, planes o labor normal. De ello, con más frecuencia de la esperado, se pueden derivar resultados de trascendencia y provecho imprevisibles y, en todo caso, que justifican la inversión. Ha sido comprobado plenamente por empresas que han auspiciado estudiantes de la escuela antes mencionada y aún por algunas que acostumbra emplear estudiantes en su tiempo de vacaciones, aunque en estos casos de empleos esporádicos por poco tiempo es mucho menor el aprovechamiento.

Consideramos que esto debería sistematizarse y llevarse a cabo en todas las universidades y en todas las profesiones y que todas las empresas e industrias deberían ocupar un mínimo de universitarios en sus dependencias. Ello implicaría naturalmente: de parte de la universidad la revisión y replanteamiento de los pécunios de estudio y seguramente en algunas profesiones el aumento en uno o dos semestres, pues debe insistirse en periodos de trabajo de un semestre para que resulten productivos. De parte de entidades e industrias el compromiso de emplear universitarios de acuerdo a leyes o reglamentaciones de inversión en estos campos.

Así estructurados los estudios a nivel universitario y politécnico, los beneficios serían múltiples: más oportunidades de capacitación y más oportunidades de estudio por el auspicio económico y por lo tanto, más amplia plataforma universitaria.

Las universidades al tener oportunidad de emplear más y mejor sus centros de estudio, laboratorios, bibliotecas y profesorado, en investigaciones prácticas y aplicaciones inmediatas, se harían más objetivas y eficientes.

Capitalización más pronta del trabajo y productividad de los estudiantes. Mejor orientación y más pronta adaptación de los mismos a la vida práctica.

Retribuciones significativas para las empresas inversionistas, como ya se expuso.

Este sería un cambio productivo hacia mayores oportunidades para más estudiantes de llegar a culminar sus estudios universitarios, de ubicarse apropiadamente, de conocer y hacerse conocer oportunamente y aún de asegurar su futuro trabajo.

Sería una reforma positiva a la universidad por la cual creemos deberían propender los estudiantes ahora que reclaman cambios y avances.

## EL CENTENARIO DE PAUL VALÉRY

Por Héctor Ocampo M.

I. — En la costa céntrica del Golfo de Lyon se levanta la villa de Sete, puerto pleno de beatitudes y armonías mediterráneas, donde nació hace un siglo, el 30 de octubre de 1871 el escritor Paul Valéry.

Aún se puede contemplar allí el barrio de casas color ocre, donde transcurrió la infancia y la primera adolescencia del poeta, en aquella población franco-italo-española, abrumada por la serenidad translúcida de los abiertos horizontes, que ilumina la vecina montaña de Saint-Clair y las inconmovibles geometrías de los viejos canales portuarios con vapores de cabotaje y bergantines, perezosamente anclados a lo largo de los muelles, como lo decía él en la primera estrofa de "El Cementerio Marino" según la traducción de Gerardo Diego:

"Ese techo —palomas y caminos—  
entre tumbas palpita y entre pinos.  
Filo del medio día, arde la amarga  
mar, la mar siempre recién nacida.  
¡Premio al pensar, como después mi vida  
calma en los dioses su mirada larga!"

Aún se percibe en el puerto, el misterioso espíritu del "Cementerio Marino" que acaricia las arruinadas tumbas y envuelve la blancura del mármol, que hoy cubre de silencios solemnes la sepultura del autor de "Charmes".

El puerto de Sete está allí con sus playas, su cementerio, sus envejecidas arquitecturas, el mar y el cielo azul siempre recomenzando, y toda esa abscondita belleza, que con su embrujo nutrió las evocaciones metafísicas del más lucido y universal espíritu poético de los últimos tiempos.

II. — Paul Valéry tuvo el don de expresar la esencia de las cosas más complicadas e inasibles, en un lenguaje de precisiones, reduciendo a valores absolutos las categorías interiores, para regalarnos su noción exacta y primordial.

Una inteligencia analítica y eminentemente cartesiana, que busca en el misterio de su poesía el objeto de su metafísica. Fue el poeta del conocimiento puro. Las cosas del mundo le interesaron solo en sus relaciones con el intelecto. Supo en la fiesta creadora, rehusar el lirismo inconsciente y las calidades meramente sentimentales, para trascender la esencia de la poesía como búsqueda de la poesía misma.

Valéry producía sus versos con dificultad y agonía; la fecundidad de la fronda y la facilidad artesanal no fueron su fuerte, porque se concentraba horas en cada palabra, en cada frase, en cada sonido, en cada matiz para auscultar e investigar con incansable ritmo su propio pensamiento antes de verterlo al papel. Quiso aventurarse por el vértigo de los desfiladeros de la inteligencia mensuradora, exigiéndole permanente vigilia, reduciendo su inspiración a los imperios de la síntesis. Ciertamente, no podrá ser artista verdadero, quien desconozca la poética de Valéry.

Mas que el arte en sí mismo le subyugó su génesis, el proceso de creación, su estado primigenio y embrionario. Sus poemas, sus pensamientos, sus palabras, son el reflejo heroico de estados puramente mentales. Todo lo encontró sometido al ritmo y plegado a sus obstinadas exigencias; impuso a sus versos el

rigor que demandan las ciencias exactas; y practicó tal economía y excelencia de selección en sus materiales poéticos, que arribó muchas veces a los acantilados del silencio, como a su verdadero sistema poético. Las sutilezas y rigores mentales de Mallarmé dejaron, sin embargo, en su espíritu, densa e imborrable huella.

Como los simbolistas entendió por poesía pura aquélla que aparece después de un proceso de exhaustación, de supresión violenta de elementos prosaicos: la anécdota, la leyenda, la historia, la moraleja. Lo que suena en medio de los ruidos es un sonido puro, decía.

III. — Poseído por la pasión de la exactitud matemática y de la precisión teórica, Valéry creó su propia arquitectura idiomática como medio de expresión necesario para reducir a signos sus recónditas abstracciones sobre el ser y los grandes problemas del espíritu.

En el ensayo concibió su misión como clarificadora de rasgos esenciales, buscando una radical liquidación retórica, para expresar con limpidez los teoremas de su pensamiento, desconfiando de todo delirio, del entusiasmo y del frenesí, para dar eminencia cierta a lo fundamental en todas sus operaciones. El tema esencial en las obras de Valéry, poemas, ensayos, pensamientos, diálogos, dice su exégeta la escritora belga Emilie Noulet, no son exactamente las cosas de la inteligencia, sino la inteligencia misma; no las ideas, sino la idea del drama intelectual.

Su severa vocación científica, su concepto del desarrollo del intelecto como de un instrumento de precisión, explican el equilibrio y armonía de sus ideas y de su poesía decididamente cerebral. Su voluntad fue siempre vigorosa y su energía interior no le permitió jamás darse el lujo del ensueño. Nunca el éxtasis poético pudo traicionar la rectitud de su juicio.

Su curiosidad mental lo empujaba a los roquedos de lo difícil y de lo abstruso; las cosas fáciles fueron miradas por él con helada indiferencia.

IV. — La palabra intelectual de Da Vinci fue su modelo y su medida. En aquel sabio renacentista descubrió al verdadero genio con un vasto sistema de sí mismo; un Dios que rechaza el misterio; que no funda su potencia sobre la confusión de los sentidos; que no dirige sus poderes a lo más oscuro y a lo más muelle; que nos fuerza a convenir y no a plegarnos, cuyo milagro es la claridad y cuya profundidad es una perspectiva correctamente deducida.

Elaboró grandes poemas: "La Joven Parca", "El Cementerio Marino", "Narciso", "Croquis de una Serpiente"; y ensayos medulares: "La crisis del espíritu", "Política del Espíritu", "Poesía Pura", "Introducción al método de Leonardo Da Vinci", este último escrito a los 23 años de edad. No creyó en las lecciones de la Historia y vio en nuestra época "un conflicto sin solución entre cosas que no saben morir y cosas que no pueden vivir". A propósito de Goethe, definió los grandes hombres como seres que están únicamente mucho más familiarizados que nosotros con lo más profundo que hay en nuestro interior. Con grave sabiduría, Valéry escribió sobre Descartes, Nietzsche, Racine, Pascal, Montesquieu, Baudelaire y Mallarmé. Desde su juventud hasta el final de sus días, siempre aspiró a la perfección total, a "una perfección concreta, llena como un fruto maduro, enteramente plástica", y entendió que esta plenitud no se puede alcanzar sin las categorías de la ciencia absoluta.

Sin embargo, las fuerzas recónditas y los elementos intrínsecos, que intervinieron y se combinaron para darle vida plena a sus esquemas mentales, son un secreto que el poeta se llevó a la tumba en sus células cerebrales.

Para los tiempos modernos, Paul Valéry es un erguido símbolo espiritual en la vitrina de las preeminencias de Europa, donde "más parece un sabio que un poeta", y no hay exageración cuando con su nombre y los de Lucrecio y Dante, se ha querido conformar la triada universal de los poetas del conocimiento.

---

## LA UNIVERSIDAD NUNCA LOGRADA

Por Alejandro González Gaviria

Jaime Sanín Echeverri le entrega al país su nuevo libro sobre el intrincado e inquietante problema universitario.

Rico en experiencias, profundo en conceptos, agudo en el análisis, generoso en sus propósitos, clarividente en las metas que podrían hacer grande nuestra universidad, el libro de Sanín Echeverri debería hacernos pensar y obrar en consecuencia.

Desafortunadamente muchos no piensan, porque es difícil, o lo hacen en moldes desuetos o en slogans que les hacen menos penoso el pensar. E igual parálisis les acomete cuando de actuar se trata. Los menores de edad dicen que esto les pasa a los mayores, sin darse cuenta de que muchas veces tienen ellos igual o más conservadora actitud.

Cuando esto digo no me refiero sólo a quienes, jóvenes o viejos, profesan que la Universidad ha de ser exclusivamente fábrica de profesionales al por mayor, productora de técnicos deshumanizados y deshumanizantes al servicio de un establecimiento social injusto. Pienso también en los importadores de fórmulas mágicas, de tipo chino o ruso. Unos y otros mantienen la idea de que la Universidad es una minoría selecta, una oligarquía, a la cual se entra o de la cual se sale con la venia de quienes la dominan.

Para los primeros a la Universidad se va únicamente a estudiar, claro está, en provecho propio y de la clase social a la que se pertenece, y cuanto se pida por una adaptación de la institución a las necesidades de la sociedad es subversión y debe tratarse como tal. Para los segundos la oligarquía universitaria impone desde arriba, para un pueblo que no ha consultado y que ni siquiera conoce, su famosa revolución. Ven además estos últimos en el autogobierno o autonomía una excelente arma de lucha, que de paso les garantiza la más completa mediocridad y pereza mental. Ambos, por más que de otra manera se llamen, representan el peor extremo conservador y sustraen la Universidad a la gran corriente social que la arrastra al centro de la comunidad.

Sólo en medio de ésta, compartiendo su suerte con los pobres y los ignorantes, comunicando sus tesoros, tomando como punto de partida la escuela rural, y conduciendo de ésta a sus claustros a los millones de colombianos que ni por sí mismos, ni con los recursos del Estado pueden hacerlo, la Universidad se hará nacional.

Pero Jaime Sanín Echeverri ve esto y mucho más. La Universidad, histórica y etimológicamente es universal. Su nacionalismo no choca con su universalidad, sino que la complementa. Recoge lo que hay y hubo en el mundo de verdadero, de valioso y de útil, y no por vía de "transplante" sino de "aclimatación", lo redescubre, lo siembra y lo cosecha en frutos colombianos. No podemos hacer

universidad norteamericana, ni rusa, ni europea, sino colombiana, sin xenofobia, pero aprovechando al máximo cuanto bueno de fuera nos venga.

Los tradicionales conceptos de discencia y doscencia, la contraposición entre los que enseñan y los que aprenden, tiene en el libro de Jaime Sanín una vigorosa refutación. La universidad es equipo, es conjunto de cazadores de verdades. Más aún, de una sola Verdad. Y el método no es el de las armas, ni el de la vocinglería revolucionaria, ni el de la pedantería profesoral (así ésta se apoye en los dogmas de Marx), ni mucho menos el silencio forzado de los que aprenden y la garrulería desbordada de los que dicen enseñar. Es el diálogo, búsqueda inquieta y recíproca, en que tanto el mayor como el menor tienen que resignarse al hecho de que la verdad está en todas partes y se ha paseado por todos los tiempos, sin preferencia alguna por personas que digan tenerla por privilegio de edad o por regalo de la naturaleza.

Para Jaime, que es humanista de cerebro y de corazón, esta verdad hallada a pedazos a través del diálogo, es una sola Verdad de múltiples caras. La Universidad la sintetiza, la construye, la hace armónica, y de verdadera la convierte en buena, de buena en bella, de bella en generosa, de generosa en social. Así la Universidad no es sólo madre de la técnica, sino también de las ciencias humanas, de las artes, de la ética y hasta de la teología.

Al fin y al cabo el hombre, a cuyo servicio está, no alcanzará su plenitud impulsado en una sola dirección. Empobrece a su pueblo, y al hombre inmediato y concreto que lo forma, quien le hace creer que fuera de su salario y del marco de la producción que lo determina, ninguna otra probabilidad de nobleza o de dignidad le está abierta. Como también lo hace quien le dice que, como siervo que es, ha de renunciar a otros bienes en beneficio de la casta que lo domina. Y quienes de hecho, con indiferencia y desprecio de intelectuales, erigidos en oligarquía universitaria, le cierran el camino hasta ella.

Un fenómeno, del que hoy se habla reiteradamente, conmueve y preocupa al autor. Tanto o más que las minorías activistas. Las llamadas mayorías silenciosas representan en mucha parte el excepticismo, la desconfianza y el vacío que se han apoderado del alma juvenil. Quieren muchas de ellas arrasar, pero no tienen fé suficiente en lo que han de construir. Si no interpreto mal el pensamiento de Sanín Echeverri, pudiera decir que desea un transplante del ímpetu de los activistas en los hábitos de estudio y laboriosidad de las mayorías, y una capacidad de reflexión capaz de atemperar en los otros sus impaciencias revolucionarias. Y para ambos un cambio total de métodos.

Aunque algunos puntos de vista de este admirable libro admitan controversia, tiene todo él la virtud de hacernos pensar. Y esto es de suyo necesario para ver claro en el candente problema universitario que vivimos.

---

## EL SESQUICENTENARIO DE DOSTOIEWSKI

Por Lino Gil Jaramillo

El veintiocho de octubre de 1971 se cumplió el sesquicentenario del nacimiento de Fedor Mijailovich Dostoiewski (1821-1881), y la celebración dará motivo sin duda a nuevas expediciones a través de la obra del más genial de los no-

velistas de todos los tiempos, a nuevos análisis de su arte narrativo, a nuevos enfoques de sus personajes y de las reacciones que en ellos se operan, y naturalmente, a una exaltación de la personalidad de quien, sin haber sido en su tiempo un revolucionario político profesional, fue una especie de Mesías que le asignó a su inmensa patria, a la sazón corroída por todos los vicios y todas las miserias, la misión de purificarse a sí misma y de purificar y transformar al mundo.

Nadie ha bajado a mayores profundidades del alma humana ni recorrido con más seguridad los laberintos de las pasiones que este endemoniado inquisidor de los misterios síquicos. Con razón ha dicho uno de sus más acertados analistas: "Para Dostoiewski no es demasiado ningún punto de comparación. Sus obras pueden contrastarse con las más elevadas y las más imperecederas de la literatura universal. Yo no creo que la tragedia de los Karamazov sea inferior a los embates de la de Orestes, a la épica de Homero, a la línea sublime de la obra de Goethe". Y Federico Nietzsche, taquígrafo de Zaratustra y desquiciado genial que con un simbólico martillo de Tor rompió las tablas de los valores morales predominantes en su tiempo para sustituirlas por otras que prefiguraban al Superhombre, confesaba: "Dostoiewski... El único que me ha enseñado algo de sicología. Su descubrimiento ha sido para mí más importante aún que el de Stendhal".

Son innumerables las biografías y los estudios críticos sobre Dostoiewski y su obra monumental. Monumental no por la extensión de ella ni por el número de títulos que la conforman, sino por la densidad de su contenido, por lo que bulle en el interior de sus personajes, por lo que hacen o no hacen, por lo que dicen o callan, pues si tuviéramos por fuerza que limitarla a seis nombres: "Los Hermanos Karamazov", "El Príncipe Idiota", "Crimen y Castigo", "Los Endemoniados", "La Casa de los Muertos" y "Humillados y Ofendidos", no quedaría realmente nada esencial de ella por fuera y estarían ahí, en cambio, todos los valores que le dan calidad humana y categoría universal. André Levinson, Dmitri Merekowski, Henry Troyat, André Gide, Stefan Zweig y tantos más, se han acercado a ese abismo tenebroso que es la novelística de Dostoiewski y han recorrido sus oscuras galerías y escuchado los alaridos de sus personajes, sus rugidos de fieras acorraladas por la miseria, la pasión sexual, el misticismo, la locura, el crimen. Pero acaso sería Zweig el Virgilio más indicado para bajar a ese infierno y "Drei Meisters" la guía insustituible. Allí se establecen las diferencias entre autores y personajes novelescos que caracterizan a Dostoiewski frente a Dickens y Balzac. Al paso que las figuras de pequeños burgueses satisfechos del inglés colman sus ambiciones con una casa de campo, una renta en libras esterlinas y un coche que les permita arrastrar una existencia segura, aunque tenga todos los tintes de lo gris y mediocre, y las de Balzac personalizan un sentido más heroico y pretensioso, con la ambición de Rastignac, la avaricia de Grandet, el sacrificio de Goriot y la anarquía de Vautrin, pero "todos ellos hechos de una sustancia única perfectamente analizable por los procedimientos de la química psicológica", las de Dostoiewski rompen todos los términos, abrigan en su interior lo mismo al ángel que a la bestia, y no se sacian sino apurando la copa hasta las heces, sea ella de alegría, dolor, duda, ignominia, venganza o renunciamiento. Y si sus personajes son de metal más resistente que los de Dickens y Balzac, así el autor tiene más consistencia que cualquiera otro para salir fortalecido antes que aniquilado por las grandes pruebas del destino: los segundos aquellos en que le quitaron la venda de los ojos para anunciarle la conmutación de la pena de muerte, que ya se iba a cumplir, por la de presidio en Siberia; el temblor sagrado de los ataques epilépticos, la morbosa pasión del juego, la ruina económica y la miseria moral.

A diferencia de obras como la novela inmortal de Cervantes o el "Ulyses" de Joyce que pretendieron ser el final de un género, la de Dostoiewski marca una nueva era y da nacimiento a nuevas vertientes del pensamiento humano y la investigación científica, como el psicoanálisis de Freud, cuyo complejo de culpa, por ejemplo, podría rastrearse en las reacciones de Raskolnikoff cuando se juzga a sí mismo y se confiesa culpable, o las teorías penales de Ferri expuestas en "Los criminales en el arte y la literatura" al estudiar el mismo personaje.

---

## EL CENTENARIO DEL PINTOR GEORGES ROUAULT

Por Luigi Castiglioni

"De la bodega en que nací, entre matanzas, incendios y terror, creo haber conservado en los ojos y en el espíritu esa materia prima fugitiva que el buen fuego fija y esmalta". Así pudo iniciarse la vida artística de Georges Rouault, hace cien años, en la tienda en donde viera la primera luz del día, el 27 de mayo de 1871, durante un bombardeo de los versalleses contra los últimos desesperados defensores de la comuna de París. Era la bodega de la angustia y de las sombras.

El "pintor nocturnal", el pintor de los infiernos sociales emergía, por decirlo así, del fondo de estas sombras espesas. Sin embargo, el grácil jovencuelo pertenecía a esa categoría de los "tímidos explosivos", como lo definió Jacques Maritain. Georges Rouault estaba dotado de una voluntad firme y tenaz de aprender. Fue esto lo que le permitió apoderarse de los secretos de la técnica, de la pintura de los vitrales y de las cerámicas, recorriendo toda la gama hasta llegar a la pintura propia y verdadera.

Para "fijarse y esmaltarse" la materia fugitiva había encontrado el fuego de un alma ardiente. Ya desde los primeros años había revelado una fuerte personalidad moral. Y su amor por Rembrandt orientaba su gusto hacia una opción que se determinaría más tarde en la creación artística, a lo largo de los diversos momentos de una vida particularmente difícil por los problemas que planteaba a su espíritu "antiguo", en franco contraste con el tiempo.

Por ese entonces habría podido decir de sí mismo: "En realidad de verdad he pintado abriendo día y noche los párpados del mundo sensible, pero cerrándolos de cuando en cuando para ver mejor cómo crecía y se ordenaba dentro de mí la visión de las cosas".

Es la indicación precisa del método intuitivo-reflexivo, seguido por el artista en la búsqueda continua de la propia verdad interior, que deberá luego nacer y ordenarse en la visión pictórica. De esta manera la "materia fugitiva" se convertía en realidad. Primero en las composiciones hechas en la escuela y después en las pruebas más comprometedoras bajo la tutela de Gustavo Moreau. El hombre de la soledad, el hombre esquivo, cerrado en un sueño de restauración religiosa en los años más fatuos de la "belle époque", no hubiera seguido jamás al enano Lautrec en las catedrales del vicio.

Efectivamente, en Georges Rouault todo convergía hacia la profundidad del destino sobrenatural del nombre, con todo y bullir en él un verdadero y genuino furor pictórico, solicitado por la pasión, por el entusiasmo y por las reacciones violentas frente a determinados acontecimientos de la vida y de la histo-

ria. Así nacían aquellos personajes de las historias amargas o de los episodios mediocres de cada día, definidos en las formas que los críticos rechazaban invocando el "bello agradable" contra la fealdad de los cuerpos ("laideur") y la negrura del color, sin entender que la deformidad era apenas resultado positivo de la obra creada, debido a la intensidad de la expresión pictórica. De esa visión de sustancias, tocadas, sacudidas y glorificadas de cuando en vez por la mano del artífice, se destacaba un gran sentimiento; nacía una certidumbre; la fe creaba su evidencia.

Ese arte sombrío de Rouault, esos sondeos en los horrores de nuestra condición humana, esa humanidad admirable que quisiera satisfacer la sed infinita de justicia, esos payasos cuya expresión de gravedad asume bajo el colorete una terrible franqueza; aquellos proletarios de los viejos suburbios, aquellos reyes que acen pensar en el cuño de las monedas antiguas, aquellos vagabundos de un eterno éxodo; estas visiones de obreros que trabajan sin satisfacción en las callejuelas de la periferia en donde se empinan las chimeneas de las fábricas; estos saltabancos avejentados, amigos de los perros, que meditan sobre las ironías de la vida junto a los postes que sostienen las carpas del circo; esta humanidad empastada por el sudor de la vida cotidiana; todo ese mundo a la vez repugnante y conmovedor, juguete y manipulador, ultrajante y ultrajado, conducía entonces a ese "Rostro" que dejara su impronta en el lienzo de la Verónica.

Rouault, sin embargo, no gustaba la definición de "arte religioso". Prefería decir: "Es arte, y esto me basta para toda la vida".

En sus cuadros del "Miserere" Rouault alcanzó el pináculo de la inspiración religiosa, especialmente en algunos, aparecidos después en pinturas o anticipados en estudios a la ténpera o en acuarelas. Sobresalen los siguientes: "Siempre flagelado", "Jesús infamado", "Bajo un Jesús en la cruz olvidado", "Maltratado, oprimido y silencioso", "Cantad los Maitines que ya amanece", "Amaos los unos a los otros", "De profundis". "Por sus heridas somos sanados" y "A veces el camino es bello".

Hay otros motivos más típicos en la obra religiosa pintada por Rouault, junto a otros temas profanos. Y no por eso menos característicos: "El duro arte de vivir", "Quién no se maquilla?", "La calle de los solitarios", "En el viejo barrio de las penas", "Dura lex sed lex".

Todo el mundo de Georges Rouault está aquí en blanco y negro, bien delimitado en su geografía fantástica, representado por temas vectores de esta especie de poema del dolor humano y de la fe que rescata. Están aquí las viejas callejuelas de los suburbios y los paisajes del Nuevo Testamento, el viejo payaso y el rey de rostro rapaz, la mujer de sombrero y los hombres obligados al duro arte de vivir. Y, después, Cristo en las escenas de la pasión, burlado y crucificado.

La guerra que Rouault había vivido tan cerca, con sus horrores, crueldad, calamidades, con la voluntad de asesinar a través de la locura y la inhumana incincuencia de los líderes, le sugirió otras imágenes de profunda tristeza y de sarcasmo atroz. Los hombres habían olvidado a Dios y la gloria celestial por el mito del superhombre y por la gloria de las armas.

Entre las ruinas, el triunfo de la muerte seguía siendo todavía un tema antiguo, que renacía con una actualidad de alboroto y era replanteado a la meditación de cuantos habían creído en la necesidad de ese baño universal de sangre. De esta suerte en las incisiones de Rouault los humos de los incendios se levantan desde los techos de las casas ubicadas en las dulces tierras de Francia, tantas veces asolada por las invasiones de los bárbaros. Los esqueletos aparecen aquí como cosas familiares, en la absurda semblanza de maniqués vivientes, pa-

recidos a las danzas macabras de las pinturas medioevales del norte de Europa. "Miserere" y "Guerras", expresan el sentido trágico que dominaba el espíritu de Georges Rouault, empujándolo cada vez más hacia el amor de Cristo como consuelo supremo mediante la contemplación de las penas que sufrió por la salvación del hombre.

Sus reacciones eran las mismas de los años cuando leyó a León Bloy, pero extendidas ahora a toda la humanidad en su historia dolorosa. Los jueces dejan el puesto a los generales, los payasos a los soldados, en un atmósfera con sabor de infierno, en donde los esqueletos se hallan junto a los vivos como símbolo del fratricidio consumado con el viejo lema de "Homo homini lupus" (Cada hombre es un lobo para su propio hermano).

Posiblemente Rouault estaba más cerca de Fyodor Mikhailovich Dostoievsky que de Balzac. No le interesaba tanto crear tipos sociales, multiplicarse en personajes diversos hasta perderse en ellos, cuanto captar el significado de la vida, el por qué. Así observa su crítico Pierre Courthion: "En la creación del pintor francés, como en la del novelista ruso, existe una fatalidad superada, un no sé qué de unidad de preocupación que irrumpe por los vericuetos de la descripción y de la pintura hasta el punto de trascenderlos absolutamente. Por esta razón el paralelo Dostoievsky-Rouault me parece bastante diverso del que se ha establecido entre Balzac y Daumier. Con todo lo diferentes que son, Rouault y Dostoievsky siguen la poética cristiana que consiste en mostrar nuestra imperfección, el infierno de la ciudad de los hombres, con el fondo repugnante de los borrachos y criminales, y esa chispita que con el sufrimiento y la caridad llama a establecer la comunión de los santos. Rouault tenía una visión grandiosa y trastornante de la vida. En una impresionante perspectiva vio siempre la cadena sin fin de nuestras iniquidades. Curado del estetismo religioso de Huysmans y del intelectualismo amanerado del hombre de fe, se fue a buscar deliberadamente los representantes de la humanidad que sufría, no en las catedrales ni entre las muchedumbres que peregrinaban a Lourdes, sino entre quienes vivían cosidos a una carreta, en medio de los tugurios, los mal nutridos, los explotados, los pobres, los que no hacen cálculos porque nada tienen".

Georges Rouault es un pintor que viene desde muy lejos, desde las raíces mismas de la tradición francesa, románica y gótica. Con todo y ser un enamorado de Grunewald, nada le copió al expresionismo delirante y contorsionado del gótico alemán. Se llamó a sí mismo un "hombre antiguo". Y lo fue por temperamento natural, por la facultad de saberse abstraer del presente, de los aspectos vulgares de la realidad, por virtud de una rica e intensa vida interior.

Nos gusta imaginárnoslo como un cenobita, hasta en ese aspecto muy personal suyo de marginarse totalmente de las diversas corrientes del arte, especialmente el contemporáneo.

---

## EL SESQUICENTENARIO DE KEATS, MEDICO Y POETA

Por Luis Alfonso Ramírez

Bueno es, antes de que se hunda este año de 1971 en la oscura bruma del tiempo, recordar el sesquicentenario de la muerte de uno de los más grandes poetas que ha tenido Inglaterra y que por la profundidad y la fuerza manifestada en sus

poesías permiten ver en él un temperamento de escritor semejante al de Shakespeare, o sea una aguda capacidad de penetración y de un dominio del lenguaje poético muy por encima de un fácil lirismo. Nos referimos a John Keats, médico, a quien una feroz tuberculosis malogró prematuramente llevándoselo al Parnaso eterno.

Nació John Keats en Londres el 31 de octubre de 1795, hijo de un palafrenero que murió violentamente estando aún niño el poeta. Su madre no tardó en contraer segundas nupcias siendo desgraciada en este matrimonio y muriendo al poco tiempo de una enfermedad que por aquel entonces llamaban "consunción" y que no se ha podido esclarecer si correspondía a una tuberculosis de la llamada galopante o a un cáncer.

Keats, huérfano de padre y madre, pelirrojo y de baja estatura, asiste a una escuela de un arrabal de Londres en donde se hace célebre por su carácter canchalesco. Temperamento pendenciero que se ha atribuido al hecho de no tener padres, ser de origen humilde y a su físico poco descollante en cuanto a apostura atlética se refiere.

Al cumplir los 15 años el problema de elegir profesión se lo resuelve a Keats su tutor, quien tras de pagar doscientas libras por un contrato de aprendizaje, lo empleó de practicante en casa de Thomas Hammond, cirujano y médico en Edmonton.

La "carrera" médica constaba entonces de cinco años de práctica con un médico general, a los que seguía uno en un hospital. De esta manera, John, en 1815, estuvo de interno en la Escuela Unificada de Medicina Práctica de los dos célebres hospitales londinenses Guy y St. Thomas. De esta época se sabe más gracias a los apuntes hechos entonces por Keats durante las conferencias y los ejercicios prácticos, apuntes que se han conservado y que tienen como tema principal la anatomía y la fisiología. En uno de esos manuscritos se encuentran las siguientes frases que son síntoma ya del volcán de poesía que bulle en su mente: "Hace unos días penetró en la sala un rayo de sol, y con él multitud de criaturas que flotaban en la luz; ello bastó para arrancarme de allí y trasladarme al reino de Oberón y de las hadas".

De hecho, Keats empezó a escribir sus primeros poemas genuinos durante el período de aprendizaje en la escuela de medicina. En los versos intitulados "A la soledad", evoca incluso el desolado y miserable ambiente del hospital:

"¡Oh soledad! Si tengo que vivir contigo,  
que no sea en este montón semiderruido  
de lúgubres casas..."

El 25 de julio de 1816 después de aprobar los últimos exámenes y de ser registrado debidamente como licenciado en la "Sociedad de Boticarios" lo que le facultaba para ejercer la medicina y la cirugía, abandonó totalmente estas ciencias y se dedicó del todo a la poesía sobre la cual ya había escrito así: "La poesía es la única actividad digna de atención para un espíritu superior, y comparadas con ella todas las profesiones resultan pobres y monótonas".

Ni dificultades económicas ni problemas sentimentales habían acosado su existencia. Amaba la vida y la vida lo amaba hasta que su muy querido hermano Tom enfermó de tuberculosis y tuvo que cuidarlo con miles sacrificios, sumándose a esta desgracia la tragedia de haberse enamorado locamente de la frívola Fanny

## Notas

Brawne quien no correspondió su amor por tratarse de un poeta no muy favorecido por la fortuna.

En 1819 el cruel destino ya preparaba su golpe fatal para el joven poeta. Durante el verano emprendió con su amigo Charles Brown una excursión a pie por Escocia, la que tuvo que interrumpir a causa de fuertes dolores en el cuello. En el otoño de este mismo año su hermano Tom falleció en sus brazos después de indecibles sufrimientos.

Una noche, en febrero de 1820, cuando regresaba a su casa de Hampstead sufrió una hemoptisis, haciéndose él mismo inmediatamente el diagnóstico según lo cuenta su amigo Brown: "Keats miró en derredor. Bien conozco el color de esta sangre; es sangre arterial y no se me puede engañar a este respecto. Estas gotas son mi sentencia de muerte".

En aquellos tiempos los médicos trataban absurdamente la tuberculosis pulmonar con sangrías y dieta rigurosa y como último recurso aconsejaban un viaje al Sur. Así fue tratado John Keats. Al principio se restableció un poco, pero entrado el verano tuvo una segunda hemoptisis por lo cual le recomendaron se fuese a vivir a Roma.

Después de cuarenta días de penoso viaje llegó a Nápoles de donde fue conducido a Roma en una desvenajada silla de posta. Al poco tiempo de su llegada era ya incapaz de dejar la cama.

Durante el invierno el estado del paciente empeoró rápida y visiblemente. Y en la noche del 23 de febrero de 1821 falleció. La necropsia reveló que ambos pulmones estaban totalmente destruidos, hasta el punto de que los médicos se preguntaban cómo Keats había podido vivir durante los últimos dos meses.

El ser médico, unido a su sensibilidad poética, lo hizo sufrir más intensamente, pues sus conocimientos anatómicos y fisiológicos le permitieron comprender todas las modificaciones nefastas que se iban produciendo en su ser y a estimar más exactamente lo que significaban la salud y la enfermedad para el hombre. Por esto su convicción de victoria sobre la enfermedad lo abandonó enteramente en el curso de las últimas semanas y prueba de ello fue el ruego a su amigo, el pintor Severn, que lo asistió en sus últimos días, de que grabaran en su lápida la siguiente inscripción: "Aquí yace aquél cuyo nombre fue escrito en el agua".

Keats publicó su primer extenso poema "Endimion" en 1818, el cual no fue entendido por los críticos parcializados. Pero lo estupendo de su obra, el momento de la madurez extraordinaria y casi milagrosa del pensamiento y las facultades del poeta, la creación de una serie tan magnífica de poesías fue lo escrito de 1818 a 1820 y publicado en un volumen en donde se destacan "La belle dame sans merci", "Lamia", "Isabel", "La víspera de Santa Inés", "Hiperón" y "Odas" en donde las imperfecciones e in experiencias de sus obras anteriores habían desaparecido por completo. Este volumen de 1820 habrá de permanecer como una de las obras maestras de la literatura inglesa.

A partir de su muerte, la fama de Keats no ha sido empañada por la evolución de los gustos literarios y su influencia sobre los poetas posteriores ha sido constante. Como es natural, resulta imposible adivinar a la grandiosidad increíble que hubiese podido llegar de haber vivido unos años más.

## EL IV CENTENARIO DE JOHANNES KEPLER

Por Paul Vicenti

“Da naves, aut vela coelesti aurea accomoda” (Prepara naves espaciales o despliega al viento las velas por el cosmos...). Así escribía en latín hace 400 años Johannes Kepler, el matemático del emperador en Praga, en una carta dirigida a Galileo Galilei el 19 de abril de 1610, quien por ese entonces era profesor de matemáticas en el “Gymnasium” de Padua. La ocasión para que el científico alemán le dirigiera esta misiva a su colega italiano era la reciente publicación del “Sidereus Nuntius” que tanta resonancia iba a tener en los ambientes científicos.

“Naves espaciales, velas para volar por el cosmos”: 350 años antes que se realizara el primer vuelo humano en los espacios ultraterrestres! Solo el genio del extraordinario científico a quien el mundo recuerda hoy con ocasión del cuarto centenario de su nacimiento, había podido “adivinar” las colosales empresas que Gagarin y Armstrong nos hicieron familiares.

Johannes Kepler nació el 27 de diciembre de 1571, hace justamente cuatrocientos años, en la aldea de Weildestadt. Fue bautizado en el seno de la religión católica, pero creció en la confesión evangélica luterana. Inició los estudios, entre ellos el latín, en la ciudad de Leonberg y los continuó en el Seminario de Adelsberg. Apenas había cumplido 20 años cuando coronó felizmente el primer ciclo llamado en ese entonces de las “siete artes liberales”, lo que le abrió el camino para iniciar los estudios teológicos, pues su anhelo era llegar a ser un día pastor protestante.

De Tubingia pasó a Graz, en Austria, como profesor en una escuela luterana. Decidió abandonar los estudios teológicos para consagrarse exclusivamente a las matemáticas y a la astronomía.

Su primera producción científica se la dedicó a su maestro Michael Maestlin. La frase consagratória lleva fecha del año 1595 y reza así: “Usted se podrá dar buena cuenta cómo Dios está siendo glorificado con mi actividad, así sea apenas en el campo de la astronomía”.

La vida de Kepler fue en extremo movida. Ocho ciudades alemanas se disputan estos días el honor de organizar los mejores festivales en memoria suya. Son precisamente aquellas en donde quedó estampado el paso del insigne genio teutón. Estando en Graz fue llamado a Praga para recibir el nombramiento de “matemático imperial”, puesto que estaba vacante por la muerte de Tycho Brahe.

Luego de haber escrito en 1612 la “Astronomía Nova”, lo hallamos en Linz, en donde publica otros importantes estudios sobre la misma materia. Rechaza una cátedra en Bolonia, que le habían conseguido sus admiradores. Kepler al igual que Tycho y Galileo no enseñó jamás en una universidad. Estando en Ratisbona, sede del Reichstag, esperando recibir el dinero que el emperador le debía, enfermó y murió el 15 de noviembre de 1630.

Quién era Johannes Kepler en su simple carácter de “hombre”? Dejemos que nos hable el mismo interesado en sus obras y en las cartas a sus amigos: No obstante tener una salud muy precaria, pudo realizar una impresionante mole de trabajo científico. Cambió ocho veces de domicilio y emprendió diversos viajes, no tanto por deseo de aventura sino porque le tocó vivir una época de luchas religiosas, de guerras y de intolerancia política.

Kepler era más bien bajo de estatura, macilento. El mismo se definió “nudo” (lleno de nudos). A lo largo de su existencia se vio siempre aquejado de

terribles dolores de estómago y de la cabeza, amén de esporádicos estados de fiebre. Además era miope. Su mayor sufrimiento era no poder pasar las noches al aire libre para entregarse más de lleno a sus investigaciones del firmamento estrellado. Por sus propios labios sabemos que era muy desordenado, que prefería el pan duro y que buscaba siempre los senderos para caminar en medio del bosque, contentándose con cualquier mendrugo de pan como cualquier buen cachorrillo, según sus mismas palabras.

Era modesto hasta el extremo este matemático imperial. A su viejo maestro Maestlin le escribía: "Vivo sobre el escenario de este mundo como un simple ciudadano. Me comporto, no como si debiese servir al emperador, sino a la humanidad entera y a los hombres que vengan después. Con esta convicción desprecio con celoso orgullo todos los honores y las dignidades".

La actividad de Johannes Kepler en favor de la humanidad es verdaderamente impresionante. Se cuentan, como producciones suyas, más de 62 obras y un centenar de cartas científicas que testimonian muy a las claras el talento genial con que Dios lo había dotado. Los numerosos viajes a caballo, en coche y en barco le habían costado mucho dinero. Pero todo había sido necesario para ir en busca de papel que necesitaba para la impresión de sus producciones científicas. El mismo dirigía las ediciones, corregía las pruebas y fijaba los precios en las ferias o escribía de su puño y letra las dedicatorias a sus amigos.

A Melancthon, discípulo predilecto de Martín Lutero, que le echaba en cara el "amor novitatis", Kepler le respondía que no le impulsaba solo el amor de las novedades "sino el deber de hacer conocer a los demás lo que había vivido en su interioridad". En términos más concretos le precisaba a Melancthon: "De esta manera el cielo y la tierra sueltan la lengua y nos hacen sentir su profunda voz. Nadie nos acusa de orgullo o de realizar una fatiga inútil por obrar así".

Como es bien sabido de todos, el nombre de Johannes Kepler está ligado indisolublemente a la astronomía, gracias a las leyes que él descubriera sobre la mecánica celeste. También fue genial en el campo de las ciencias naturales. Sus méritos son tanto más grandes cuanto que su actividad se desarrolló en una época que no estaba muy adaptada para las investigaciones por las reservas filosóficas y eclesiásticas imperantes.

Johannes Kepler ha sido denominado "sacerdote" enamorado de las obras del Creador, anunciador y divulgador del libro divino de la naturaleza.

Una correcta visión eclesial del genio de Kepler resalta de una significativa intervención suya, a propósito de la encíclica "Inter gravissimas". Con este documento el Papa Gregorio había introducido en el año 1582 la reforma del calendario. Las cosas, como se diría hoy, fueron "instrumentalizadas" y los príncipes protestantes rehusaron "dejarse dirigir por el anticristo de la Iglesia", como alguien se refería al Papa. Kepler atacó esta actitud que pretendía basarse en argumentos teológicos y no científicos. De modo que con todo y ser luterano, se puso del lado del Papa escribiendo un artículo que lleva por título "Carta de un amigo de la verdad". Entre otras cosas afirmaba: "El nuevo calendario es exacto astronómicamente hablando. No está sometido al Papa sino a la verdad. Nuestros estudios no tienen partido. Son útiles a los hombres amantes del orden, de la paz y de la unidad".

Hablando de sus semejantes, Kepler solía decir: "O curas hominum, o quantum in rebus inanae" (Vuestras preocupaciones, oh hombres! Cuánta vanidad se oculta en vuestras empresas).

Un año antes de morir Johannes Kepler dictaba una carta que contenía su testamento. En este documento afirmaba el genial científico: "Cuando la tempestad se enfurece no podemos hacer cosa más digna que lanzar el ancla de nuestros estudios pacíficos en el mar de la eternidad".

De Kepler dijo Goethe: "Reconoció lo verdadero, no se honró jamás a sí mismo, solo honró a Dios y a la naturaleza".

Con el francés Jean Silvain Bailly podemos declarar que Kepler fue verdaderamente "un don de Alemania a Europa". Aún más: un don al mundo entero.

---

## JACQUES MARITAIN SE HACE MONJE

Por R. Mazzini

La noticia conmueve, pero no sorprende. Jacques Maritain acaba de ingresar a la comunidad religiosa de los "Hermanitos de Jesús", fundada en 1933 por el Padre Charles de Foucauld. El ingreso de Maritain ha tenido lugar estos días en el convento de Tolosa. Ya hacía diez años, desde la muerte de su esposa Raïssa a quien adoraba y cuya desaparición lo golpeó tan dolorosamente por la comunión espiritual tan intensa que lo ligó a ella, que este famoso filósofo francés estaba llevando una vida que pudiéramos llamar monacal.

A las puertas, por decirlo así, de la comunidad religiosa que ahora lo ha acogido plenamente en su seno y bajo el techo del convento de Tolosa discurría su vida como simple huésped. Vivía en la pobreza, la soledad y la oración. Unas buenas menajitas, originarias de Meudon, le prestaban ayuda en el arreglo de la ropa y demás menesteres domésticos.

Durante este primer período de "previda" monacal, Maritain intentó vivir completamente autónomo, valiéndose por sí mismo en todas sus necesidades. Llegó hasta preparar por sus propias manos el parco alimento que nutría sus fuerzas físicas. Fue menester que se acentuaran sus achaques para tener que acomodarse a los servicios de personas extrañas. Estos datos los refirió él mismo durante una de sus últimas venidas a Roma.

En su condición de laico y ermitaño, contemplativo estudioso, de acuerdo con el espíritu de toda su vida, Jacques Maritain no le ha dado tregua a su quehacer intelectual. De su pensamiento y de su pluma han brotado sus dos últimas y valerosas obras, tan discutidas por algunos. "El campesino del Garona" y "La persona y el personal de la Iglesia". Claro que algunas de sus obras anteriores también fueron motivo de controversia.

Orar, estudiar y obrar dentro del marco de la caridad y del apostolado ha sido siempre la norma de toda su existencia. El itinerario de Maritain y de Raïssa fue una cosa común. Hijo él de una pareja protestante, estudioso convertido al catolicismo por su amistad con León Bloy y bajo el influjo de Bergson y de Péguy, contrajo matrimonio con Raïssa, también ella convertida del judaísmo. De esta vida en común los dos hicieron un misterio. Y de su hogar un verdadero cenáculo que recordaba los de los primeros cristianos o de los padres apostólicos como Jerónimo y Agustín.

En los años que siguieron a la primera guerra mundial, desde 1918 para acá, en su casa de Meudon, en la periferia de París, Jacques Maritain gozó del pri-

## Notas

vilegio de poder tener día y noche en su domicilio un sagrario con la presencia real de Jesús bajo los velos eucarísticos. Esta concesión única y extraordinaria se la dió la Santa Sede. La casa de París se convirtió en un centro de convergencia de los mejores representantes de la cultura. Todos ellos de diversas tendencias ideológicas. Venían a tejer un diálogo con el maestro cuya amistad se disputaban. Los habituales frecuentadores de la casa de los Maritain podían ver en uno de los cuartos un gran tablero con frases y gráficos ilustrativos sobre la filosofía de Santo Tomás de Aquino.

Junto con su esposa, rodeado de amigos, escritores, filósofos, artistas, católicos y no católicos, daba comienzo a una conversación que se iba desarrollando alrededor de los grandes temas tonistas. A primera vista podría parecer que se trataba de un "diálogo socrático" o de "un capítulo" monacal. Fueron aquellos los días de la correspondencia epistolar con Jean Cocteau y André Gide, con pintores y artistas celeberrimos del momento.

Al desencadenarse la segunda guerra mundial emigró a los Estados Unidos en 1940. Quería escapar de la persecución previsible que se le venía encima por parte de las autoridades nazis de ocupación, particularmente por su condición de escritor y pensador libre que defendía a toda costa los derechos de la libertad. Llegó a ser profesor titular de la cátedra de filosofía en la Universidad de Princeton.

Una vez concluida la guerra regresó a París. El gobierno francés lo designó embajador ante la Santa Sede. No obstante el discurrir de su vida en los ambientes diplomáticos, jamás cambió el tono y la regla de su vida que llevaba con la "espiritualísima" Raissa. Todo siguió inmutable, su modo de vestir, su comunión interior y las faenas intelectuales a que ambos estaban dedicados.

La muerte de Raissa Maritain y la consiguiente publicación del "Diario", reveló al mundo la naturaleza superior de esa unión, que operaba recíprocamente con miras al perfeccionamiento y a la evangelización del ambiente cultural. De las páginas de este "Diario" emergió la figura de Raissa como mujer que vivió en las más encumbradas esferas de la experiencia mística.

La muerte de esta excepcional compañera, además del dolor inexpresable que le causó, fue motivo y suprema razón para que el filósofo viudo se apartara aún más de las visiones humanas de la vida y se sumiera en una vida más vital, hecha de oración y de contemplación.

La prioridad y la exclusividad de la oración en el discurrir de la vida cristiana ha sido, por lo demás, el tema clave de su existencia y de su misma búsqueda intelectual. Después de su conversión practicó un ardiente culto a la Virgen de la Salette, defendiendo la autenticidad de las revelaciones. A este tema le dedicó un estudio especial que se atrevió a presentar personalmente a Benedicto XV en 1918.

Fue esta su primera venida a Roma y su primer contacto con el Papa. Años más tarde, en París, con ocasión de la publicación de la colección "Roseau d'Or", fundada por él, Jacques Maritain dio a la luz pública su obra "La primacía de lo espiritual" en la que el filósofo se manifiesta paladinamente defensor de la vida contemplativa, alineándose en la fila de los grandes maestros. En cada una de sus páginas el filósofo francés, que ahora se ha hecho monje, exhortaba a los lectores para que tuvieran una visión sobrenatural de la historia y fueran hombres de oración. "Porque, ésta —decía él— abre a todos los grados más altos de la vida mística". Justamente la preeminencia de esta exigencia de oración y de piedad en la Iglesia de hoy continúa siendo su apremio.

Después de una conferencia pronunciada en Roma con ocasión de su última venida a la Ciudad Eterna por los días de la clausura del Concilio, escribimos un comentario. Nuestros lectores nos van a perdonar esta "auto-cita":

"Hoy día, más que nunca antes, Jacques Maritain nos parece un hombre de oración, libre de ese excesivo verbalismo que muchos practican aquí y allí, verbalismo de tipos "cerebrales", innovadores, polemistas. Maritain sigue siendo siempre el hombre del primado de la contemplación que irradia humildad, dulzura y sumisión a la Iglesia. Qué extraño! Si ciertos que creen que son hijos de una matriz misma de pensamiento por derivaciones, especialmente de orden social o político, lo vicran de cerca, comprenderían el sentido de su religiosidad, su gran amor por la Iglesia, que se inflama en una amorosa dependencia y confianza para con la madre común. Insiste en la necesidad de la oración. Manifiesta temor por el exceso de activismo y de temporalismo que está haciendo su agosto entre muchos y también entre los jóvenes. "Esos tales no oran lo bastante --dice-- y se está deteriorando el sentido de la obediencia y la sumisión". "El derecho de la persona humana está muy bien --añade--. Creo que algo sé de la cosa. Hemos hablado y hablamos de "persona humana". Solo la Persona divina no tiene límites. Ciertos obispos que se han plantado delante del Papa, ahora han comprobado que los sacerdotes se han plantado delante de los obispos. Hoy día hay un replanteamiento".

La comunidad en donde ahora discurren los días del monje Maritain está en las cercanías de la ciudad francesa de Tolosa. Son 60 religiosos que viven designados en modestas habitaciones. Allí existe una escuela de teología, destinada a los "Hermanitos de Jesús", regentada por los Padres Dominicanos.

Maritain no enseña ahora. Lee y escribe mucho. Durante un año ha estado dedicado a re-escribir la traducción italiana del "Diario de Raissa Maritain", con destino a la editorial Morcelliana de Brescia. Para él el mensaje espiritual de Raissa tiene enorme importancia. Decíamos que no enseña. Pero eso no quiere decir que no haya dirigido cursillos para sus hermanos en religión. Su habitación consta de dos cuartos muy pequeños, junto a la sala de reuniones. La casa es toda de madera. La cocina colectiva para 60 personas resultó insoportable para sus precarias condiciones de salud. Maritain probó a ver si podía prepararse por sí mismo los alimentos. Pero falló. "Hacer una carne asada no era tarea para mí", dijo una vez.

Un cenáculo de religiosas contemplativas, dedicadas también a las labores manuales, originarias de Meudon, lo han acogido para facilitarle el almuerzo. Y por la tarde llevan a su celda la comida en un porta-comidas. Con una alimentación así mejorada ha progresado su precaria salud.

Una profunda emoción se revela en el rostro enjuto de Maritain cada vez que habla de Raissa. Dice que fue inmensa su ayuda, no solo intelectual sino por la luminosidad de su vida interior. "Una vida mística, pero por los caminos ordinarios. Su grado de unión con Dios era algo que lo dejaba a uno estupefacto. Pero tampoco le impedía cumplir sus deberes de la vida común. Es el pequeño sendero espiritual", dice Maritain.

Jacques Maritain tuvo desde 1960 una idea grandiosa sobre el Concilio. Pero estaba también preocupado. "Me llena de pavor lo que se mueve alrededor de un Concilio. Sobre todo por los teólogos... Tengo temor". Así se expresaba con una cándida sonrisa.

El eco de tales aprehensiones afloró en las páginas abiertamente polémicas del "Campesino del Garona".

## Notas

Ya desde 1960 Maritain ha venido vistiéndose casi que con la indumentaria de un religioso. Saco de paño, cuello cubierto con una bufanda gris. Bajo los blancos cabellos aparece un rostro descarnado y rosado, en el que se adivinan unos ojos frecuentemente recogidos en actitud de gravedad y dulzura, bajo los párpados abajados.

Había venido a Roma y no sabía el por qué lo habían llamado de la Secretaría de Estado de Su Santidad. Paulo VI quería entregarle personalmente a él y a Jean Guitton el manifiesto a los intelectuales del mundo durante los actos de clausura del Concilio. "Pero yo no tengo ningún título para participar en el Concilio", exclamó. "Pues bien, aquí está el título, esta es mi invitación", le respondió el Papa.

En estos días Jacques Maritain acaba de coronar su itinerario interior con el acto explícito que lo consagra totalmente a Dios en una comunidad religiosa. Tiene 89 años de edad y una juventud espiritual intacta. Cómo parece que su vida se va cumpliendo en una coherente continuidad, ascendente al mismo tiempo, en pos de una meta!

En silencio hemos acogido la noticia de su última decisión. La comunión religiosa supone sombra y soledad. Lo sabemos de sobra. Pero la figura de Jacques Maritain nos es demasiado querida y ejemplarizante para excusarnos de dedicarle estas breves líneas.